

ENSAYOS, FICCIONES, EXPERIENCIAS

Colegio de la Ciudad 2012/2013



¿Quién se hace cargo de la escritura en la escuela?



por Ángel Maldonado y Federico Navarro

Aunque hoy nos resulte algo completamente natural, la escritura es, antes que nada, una tecnología. Esta tecnología aparece en la historia de la humanidad recién hace unos 6000 años (aunque se calcula que el *homo sapiens* lleva en el planeta por lo menos 200.000). Los primeros sistemas de escritura fueron inventados atendiendo la necesidad de unos pocos pueblos de llevar un registro de sus actividades comerciales, de sus leyes, de su historia. En estos primitivos sistemas cada signo representaba un objeto o una idea. Leer y escribir era sólo para unos pocos privilegiados: requería memorizar infinidad de caracteres, tener determinadas habilidades manuales y contar con materiales costosos y frágiles para la época (tablas de arcilla, papiro, etc.).

Durante el s. XX, el acceso masivo a la educación hizo que la lectoescritura se difundiera más allá de las minorías dominantes y que llegara a concebirse casi como algo universal, es decir, como parte del lenguaje natural. En las últimas décadas, las nuevas tecnologías digitales han reforzado esta concepción, haciendo mucho más simple y rápida la tarea de escribir y compartir lo escrito con otros. La lectoescritura no se restringe sólo a los ámbitos educativos y laborales, sino que se ha vuelto una herramienta omnipresente en nuestra vida cotidiana. Los mensajes de texto, las redes sociales, los correos electrónicos, el chat, han multiplicado nuestra producción escrita, concentrando la mayor parte de lo que escribimos cada día. Nos comunicamos instantáneamente con amigos, con familiares, comentamos noticias, nos pasamos información, contamos chismes, organizamos encuentros a través de estos canales, apelando a un registro informal. Nunca antes se ha leído y escrito tanto como ahora.

Sin embargo, este crecimiento y esta cotidianidad parecería tener un efecto negativo sobre algunas prácticas de escritura, especialmente de las de los más jóvenes: muchos consideran que los

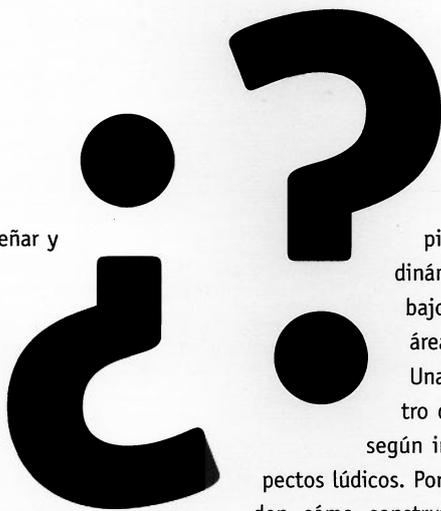
chicos escriben peor que antes y adjudican ese supuesto retroceso a las nuevas tecnologías. Lo cierto es que los jóvenes no tienen demasiados inconvenientes con las nuevas formas de escritura introducidas por las nuevas tecnologías, pero esas formas no están valoradas socialmente. Hasta hace 30 años, la cultura escrita estaba ligada casi exclusivamente a los libros, a la literatura, a la escuela, a los diarios; era sinónimo de un registro formal, que se distanciaba de las formas más coloquiales. Hoy, las formas valoradas siguen asociándose a esta idea de cultura escrita, que ocupa cada vez menos espacio en las prácticas de los jóvenes.

La escritura escolar tiene ciertas particularidades respecto de las prácticas habituales a través de las nuevas tecnologías digitales, como la diferencia en el tiempo entre el emisor y el receptor. Esto hace que el escritor deba aprender a anticipar objeciones, apuntar a distintos tipos de lectores, seguir estrategias para que los textos digan más o menos lo que se quiere. En la escritura escolar, además, los lectores (los docentes, sobre todo) esperan que los estudiantes puedan explicar una teoría o justificar una posición, usen el vocabulario técnico adecuado sin intercalar palabras del ámbito familiar o informal, pongan títulos y ordenen el desarrollo de sus trabajos prácticos, que exploren su creatividad en clases de textos reconocibles por los lectores, y controlen la ortografía, puntuación y prolijidad, entre otras habilidades específicas. No sólo esto: muchas características de la escritura en una materia son distintas de las de otra. En Historia, por ejemplo, es necesario usar narraciones que distingan grupos sociales con intereses y motivaciones diferentes; en Biología, en cambio, se requieren explicaciones que demuestren hipótesis teóricas. Y hay algo más todavía: las formas de escritura están interrelacionadas con las formas de pensar propias de cada materia y cada disciplina. Los ejercicios de escritura y las consignas que propone un docente son instrumentos clave para acceder a los marcos con-

ceptuales de su materia, es decir, para enseñar y evaluar los contenidos disciplinares.

En los últimos años, en la Argentina y en el mundo, se está reconociendo la necesidad de que la escuela se haga cargo de la enseñanza de la escritura escolar. La lengua no se considera un contenido para conocer como objeto de análisis ajeno al estudiante, sino como un instrumento comunicativo que debe ejercitarse y desarrollarse en tanto habilidad. Y también resulta cada vez más claro que no puede ser un asunto relegado a una materia específica, tradicionalmente Lengua y Literatura, o a instancias previas de formación, sino que tiene que impactar en las prácticas didácticas de toda la escuela. En este sentido, el último informe de evaluación de lectura y escritura de escuelas de la Ciudad de Buenos Aires señala que los estudiantes presentan dificultades para abordar textos complejos, y sugiere que "se trabaje de manera más asidua con textos académicos y con la variedad de estrategias de comprensión que los alumnos necesitan poner en juego cuando se acercan a este tipo de discurso"⁽¹⁾.

En este marco, el Colegio de la Ciudad puso en marcha en 2011 una propuesta de escritura, que actualmente alcanza a todos los alumnos de 1º y de 4º año y en la que participan seis materias y tres áreas (Sociales, Exactas y Naturales). Si bien existen proyectos piloto de corto plazo similares, su diseño e institucionalización no tienen antecedentes en el país. En el *Programa de Escritura en la Escuela*, un docente experto en escritura colabora con un docente de una materia curricular cada trimestre. En el aula de escritura, los estudiantes trabajan sobre los textos disciplinares, los marcos conceptuales y temáticas, las consignas y las exigencias de escritura de la materia específica que toca (Historia, Física, Matemática, Cívica, etc.). A su vez, en cada una de estas materias, el trabajo sobre escritura permite mejorar las consignas y ejercitaciones, explicitar los criterios de lectura y escritura, abordar las dificultades de los estudiantes y desarrollar sus capacidades. Tanto el docente de escritura como el docente de las materias acuerdan criterios e identifican problemáticas de trabajo, y al terminar el trimestre consensúan una calificación global para cada estudiante que toma en cuenta su desempeño en ambos espacios. Esta dinámica forma a los estudiantes en prácticas de escritura escolar, pero también forma a los docentes que participan de la experiencia: el docente de escritura aprende sobre las prácticas conceptuales y retóricas de las materias, y los docentes de las materias adquieren herramientas para incorporar y aprovechar la escritura en sus pro-



pios espacios. De esta manera, se habilita una dinámica poco común en educación media: el trabajo colaborativo y continuado entre materias de áreas diferentes.

Una cuestión que se trabaja especialmente dentro del Programa es la *transformación* de textos según instrucciones detalladas pero explorando aspectos lúdicos. Por ejemplo, en 4to año los estudiantes aprenden cómo construir un estilo objetivo, típico del discurso académico, a partir de ciertas estrategias de despersonalización. El desafío consiste en intentar despersonalizar un relato biográfico, bien centrado en la subjetividad del escritor. El resultado hace visible la artificialidad de esa construcción de objetividad y permite reconocer, al mismo tiempo, los recursos que la hacen posible. Otro aspecto clave en el Programa es desarrollar en los estudiantes una conciencia lingüística sobre un rasgo fundamental del texto escolar escrito: su funcionamiento autónomo. Alejado en tiempo y espacio del estudiante que lo escribió, el texto escolar no puede contener aspectos implícitos o poco claros que requieran la explicación oral de lo que el estudiante sabe (pero no escribió). En 1er año, este aspecto se trabaja, por ejemplo, a partir de la revisión de un examen ya corregido de matemática de un compañero del curso. Los estudiantes asumen, buscan identificar qué cuestiones del examen requerirían mayor claridad o desarrollo, y proponen reescrituras posibles.

Algunos desafíos que se abren con la propuesta nos invitan a pensar una nueva forma de enseñanza y aprendizaje en la escuela: ¿cómo diseñar un espacio de trabajo, irreconocible como materia por los estudiantes, e incluso por los docentes, que enseñe escritura escolar trascendiendo los límites de las materias y las áreas? Las respuestas seguramente serán múltiples; recién estamos ensayando algunas. Pero hay ocasiones en que las preguntas son más ricas que las respuestas.

⁽¹⁾Ministerio de Educación del GCBA (2012). *Informe de resultados del Proyecto Jurisdiccional de Evaluación de Nivel Medio 3º año (2010-2011)*. Buenos Aires: Ministerio de Educación, p. 58.

Federico Navarro es Articulador de las Áreas de Lenguas; Coordinador y docente del Programa de Escritura en la Escuela.

Ángel Maldonado es Coordinador del Área de Lengua y Literatura y docente del Programa de Escritura en la Escuela.